



www.loqueleo.com/co

Marcial y la venganza de los lagartijos

© Del texto: 2014, Gonzalo España

© De las ilustraciones: 2014, Carlos Manuel Díaz Consuegra

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com/co

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272 Colonia Acacias

Delegación Benito Juárez Distrito Federal, México. C.P. 03240

• Santillana Ediciones Generales, S.L.

Avenida de Los Artesanos 6, CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-85-8

Impreso en Colombia por Printer Colombiana S.A.S.

Primera edición en Colombia: abril de 2014

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2016

Tercera reimpresión: febrero de 2021

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Marcial y la venganza de los lagartijos

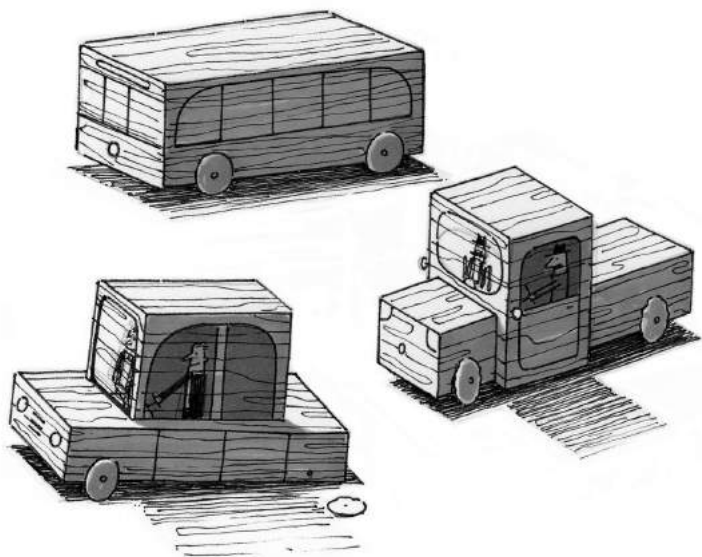
Gonzalo España

Ilustraciones de Carlos Manuel Díaz



loqueleo

Capítulo primero



Todo comenzó por un error de Marcial.

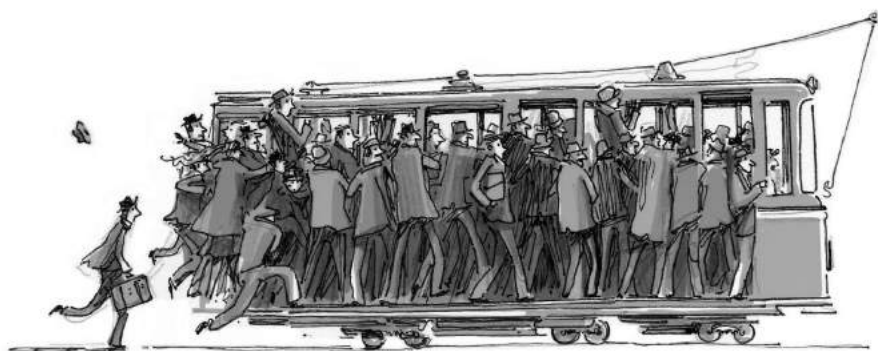
Lo cometió por travieso, porque se aburría mucho en casa, donde lo cuidaba su abuela Pancracia.

Ella lo quería y lo mimaba mucho, pero él se sentía solo. Sus tíos, que trabajaban en el oficio de la construcción, salían muy temprano en la mañana y no regresaban hasta el anochecer. Ellos le habían fabricado unos carritos y una escopeta de palo, pero Marcial ya estaba cansado de pasar el tiempo con esos pobres juguetes. Marcial quería jugar con otros niños como él.

El resto de la vida de Marcial era algo complicado. Su madre trabajaba al otro lado de la ciudad, en una fábrica de textiles, ganaba muy poco, y solo lo visitaba de vez en cuando. Ella había formado otro hogar y no podía llevarlo a vivir consigo. Del padre de Marcial no se sabía nada.

Marcial quería tener amigos, jugar, correr por el campo.

Y lo que más quería hacer de todo: Marcial quería subirse al tranvía y salir a recorrer el mundo.



La ciudad había crecido tanto que ya tenía suburbios. Los suburbios son barrios alejados, muy apartados unos de otros. Llegar desde ellos hasta el antiguo centro era una verdadera aventura.

Se tendió entonces un riel, sobre el que empezaron a rodar los carritos de un tranvía

movido por electricidad. Un medio de transporte grato e inofensivo, porque hacía poco ruido y no contaminaba.

8 Los niños quedaban alhelados ante aquellos carritos que parecían de juguete. Cada uno llevaba una especie de cargadera que lo conectaba a los cables eléctricos, de las juntas de esos cables se desprendían en ocasiones cascadas de chispas. Entonces tronaba como un rayo.

En las puestas de sol, los hilos de los rieles de acero se ponían rojos, anaranjados o violetas, en tanto que la lluvia les arrancaba reflejos plateados. Lo único a lo que podían compararse todos esos reflejos era al arco iris.

Algo que divertía sobremanera a los niños era la forma como los mayores se pegaban de los costados del tranvía, formando racimos colgantes. Esto ocurría en los carros llama-

dos «abiertos», que podían abordarse al mismo tiempo por todas partes, pues no eran más que una jaula con ruedas. A menudo el viento se llevaba los sombreros de los señores, ellos se apeaban, los recogían y alcanzaban el carro corriendo a toda marcha. Las gabardinas y los abrigos abiertos oscilaban al viento como oscuras banderas. Otras veces alguien tropezaba al momento de tocar suelo, caía hacia adelante y aterrizaba como un saco de papas que cae de lo alto. ¡Plás! Los niños se sorprendían mucho contemplando aquellas escenas.

A todo niño lo llevaban sus padres a dar un paseo en el tranvía, pero a Marcial nadie lo llevaba.

III

La casa de la abuela y los tíos de Marcial estaba situada en un recodo del río Fucha, por cuyo lado corría el tranvía rumbo al suburbio del sur. Ellos la construyeron allí porque el terreno no les costó nada. 11

Los tíos de Marcial lo querían mucho, pero no lo educaron como era debido. El tío Pacho, por ejemplo, lo llevaba los domingos en la parrilla de su bicicleta hasta la plaza del 20 de Julio, que era el barrio más próximo. Allí había mucho bullicio. Dejaban la bicicleta en el zaguán de una casa y el tío lo montaba sobre sus hombros. Desde arriba, Marcial contemplaba el alboroto de la gente

comprando y vendiendo. Muy pronto divisaban al hombre que distribuía el pan con una canasta encima de la cabeza, y se daban mañas para ponerse en su camino. Al pasar por su lado, Marcial alargaba el brazo y tomaba cuanto le fuera posible. Regresaban felices en la bicicleta, con el pan que hacía falta para el desayuno del domingo. La abuela Pancracia premiaba sus hazañas con una buena taza de chocolate.

Los otros tíos le habían enseñado a fabricar caucheras y lanzar piedras a los pajaritos, y también a agitar cajitas de fósforos junto a las orejas de los caballos que tiraban carretas cargadas, para asustarlos y desbocarlos.

En ocasiones, Marcial robaba las pastillas de chocolate a su abuela, o hacía cualquier otra pilatuna. Ellos lo defendían.

De esa manera, Marcial creció sin control y sin nociones sobre un buen comportamien-



to. Solo una cosa le estaba terminantemente prohibida por su abuela, y era intentar montarse en el tranvía, como lo hacían otros niños.

14 La abuela odiaba aquel aparato que corría cerca de su casa, porque pensaba que el niño se perdería para siempre si llegaba a abordarlo.

Marcial, sin embargo, no paraba de admirar el tranvía con sus grandes ojos inquietos. Un día vio niños adentro, y desde entonces ya no pudo vivir tranquilo.

La casa de Marcial estaba rodeada por una cerca de madera. Además de la abuela y los tíos, la habitaban dos perros, dos gatos, un loro y un mico amazónico. Marcial jugaba con estos animales adentro, en el patio de tierra, pero ya se aburría del encierro. 15

La manera como empezó a salirse del control de su abuela fue llevando a pasear a los perros. Decía que si los perros iban con él, no le pasaría nada. Como la abuela sabía que a los perros no les permitían subirse al tranvía, lo dejaba salir.

Una mañana Marcial llegó hasta la calzada de los rieles, a la siguiente empezó a ca-